

Una noche de cielo limpio, mientras la luna alumbraba la tupida selva misionera, miles de estrellas comenzaron a entonar una hermosa melodía. Encantados por el angelical sonido, los lugareños salieron de sus ranchos y, elevando la vista al firmamento, vieron cómo la diosa Luna, rodando delicadamente desde el infinito, se posó sobre la frondosa copa de un árbol.

Los habitantes de la selva cayeron de rodillas e hicieron reverencias a la diosa que estaba visitándolos. Luego, poco a poco, hombres, mujeres y niños le llevaron ofrendas, colocándolas alrededor del árbol para que pudiera verlas.

Blanca y brillante, la diosa de los cielos agradeció la bienvenida y prometió premiar el alma bondadosa de sus fieles. Uno a uno fue preguntándoles por sus deseos y concediendo favores. Hasta que llegó el turno del viejo cacique de la tribu:

-¿Y tú, qué quieres? –preguntó la Luna.